
Barricada comics presenta:
PULPERÍA
KARINA BARRIONUEVO
EL LOBISON 2
Y OTROS RELATOS FANTASTICOS.
WIFI
DIGITAL PRESS

LA BRUJA DEL PALMAR



KARINA BARRIONUEVO

LA BRUJA DEL PALMAR



KARINA BARRIONUEVO

Responsable de esta edición: Francisco Zur

Diseño de portada: Francisco Zur



Primera edición en español

Capítulo 1

En la zona había una tradición oral que rezaba acerca de un ser espeluznante que rondaba los bosques a pura carcajada. Solía volar sobre una escoba, aunque en ocasiones se presentaba montada en un ñandú o carpincho de gran tamaño.

¡Ay de aquel que la escuchara! Porque su voz lo dejaría inmóvil, la bruja atraparía al desprevenido y lo llevaría a su guarida para alimentarse de sus entrañas.

Muchos sospechaban que su cubil estaba debajo de las ruinas de la calera o en la espesura de la selva. Pero su lugar de caza preferido era el palmar. Es que los niños adoraban las frutas del Yatay y la dulce inocencia de éstos, era aún más deliciosa para la perversa amante de Belcebú.

Los niños solían desaparecer... Algunos decían que tal vez los tragó el remanso, o que fueron víctimas de algún puma o tal vez de un yacaré, pero todos se miraban y sabían, sólo que nadie se animaba a admitir que la verdadera desgracia venía prendida de una escoba...

Capítulo 2

Entre las construcciones de las ruinas de la calera se podían apreciar dos enormes hornos circulares destinados en la antigüedad a la elaboración de cal viva. En uno de ellos los lugareños habían colocado una imagen de Santa Filomena.

Las mujeres del pueblo que no podían concebir le rendían tributos. Una vela o una palma bendecida era lo regular, pero si el favor que se le pedía era algo muy difícil de cumplir, realizaban el ritual de noche, que consistía en la vigilia para cuidar que la candela no se apagara hasta el amanecer y la repetición de una letanía referente a la santa.

Aquellos rituales nocturnos cayeron en desuso cuando comenzaron las desapariciones y los rumores acerca de la aterradora bruja del palmar.

A Catalina no le importó nada de eso, ya había tenido 6 hijas y su deseo de concebir un varón la llevó hasta aquel sitio provista con las ofrendas y con la ilusión de ser madre de un niño que perpetúe el apellido de su esposo.

Ya había prendido la vela, se arrodilló frente a la imagen y abrió su boca para comenzar con la letanía. Pero en ese preci-

so instante una ráfaga azotó el recinto, la vela se apagó y alguien la tomó de los tobillos, la tumbó de frente e inmediatamente sintió un peso en sus espaldas, como si alguien se sentara sobre ella quitándole el aliento hasta el desmayo. Lo último que escuchó fue una risotada de mujer.

Cuando despertó, era aún de noche, estaba en la orilla del río con su cuerpo totalmente desnudo, pero cubierto con una gruesa capa de cal…

Capítulo 3

Catalina había sobrevivido al espanto, pero sabía que si el agua tocaba su piel cubierta de cal no contaría el cuento. Es así que se incorporó rápidamente, comenzó a quitarse aquel polvo de piedra caliza que la cubría y a alejarse de la cuenca del río. Encontró sus ropas tiradas en la entrada de uno de los túneles subterráneos que conectaban al río con la calera. Se vistió rápidamente entre sollozos y rezos ahogados. No podía creer lo que le acababa de suceder y el único propósito que tenía lugar en su mente era regresar a su casa con su esposo y sus hijas.

Correr, correr y correr sin descanso hasta llegar a su hogar, era lo que su instinto le impulsaba a hacer. Pero no fue tan fácil. Tuvo que rodear el antiguo cementerio lindante a la calera. Los pastizales que crecían asociados a las palmeras no eran un terreno sin obstáculos. Abundaban las vizcacheras que se desmoronaban con facilidad.

Cada vez que ella pisaba una, se le hundía el pie hasta las rodillas y para colmo, el sudor ya comenzaba a quemarle todo el cuerpo. La cal había iniciado su trabajo.

A la agitación de la maratónica huida se le sumaba la desesperación de saberse observada. A pesar de no querer verla, aquella sombra que se hamacaba sobre el follaje de las palmeras era bastante evidente.

Cuando llegó a su casa ya se le veían algunas lesiones sobre los brazos y piernas. Su marido la recibió sobresaltado.

No le preguntó nada, supuso que había caído sobre un depósito de cal, así que inmediatamente le limpió el cuerpo ampollado con un trapo impregnado en vinagre. Pronto Catalina comenzó a sentir alivio, sólo sentía un dolor profundo en el vientre, en el mismo lugar en donde las ampollas formaban una estrella de cinco puntas...

Capítulo 4

Aquella semana fue un calvario. Catalina volaba de fiebre y deliraba de a ratos. Creía ver la imagen de Santa Filomena que le hablaba con ternura, pero al rato era ella quién llevaba las ropas de la santa y sufría los tormentos más atroces, primero latigazos que le arrancaban lonjas de piel con cada brutal impacto, luego su cuerpo era atravesado por flechas y por último era atada a un ancla y hundida en el río.

Estas visiones aterradoras eran alternadas por sueños profundos, pero para nada tranquilos, en donde las pesadillas estaban a la orden del día. Solía soñar que era arrastrada por una sombra hasta la absoluta oscuridad y era poseída por alguien a quien no lograba ver. Ella trataba de resistirse al feroz ataque, aunque todos los intentos por zafarse eran inútiles. Es así que terminaba siendo víctima del dolor nuevamente. Pero lo que ella no esperó, fue el asalto de un extraño placer que jamás en su vida había experimentado. La culpa por sentir aquello era lo más doloroso... y la risa. Esa risa de mujer que le taladraba el cerebro y que no dejaba de retumbar.

Habían pasado 6 días del incidente de la calera. Las ampollas ya habían drenado, pero la piel de Catalina parecía la de una anciana. Totalmente ajada y reseca se quebraba con el más leve roce. Fue en esa noche de viernes que ella ya no se resistió en sueños y decidió rendirse al placer. Estaba cansada de tanto sufrimiento, pensó que al ser sólo un sueño no estaría

cometiendo ningún pecado. Cuando llegó el momento, ella se entregó a los brazos de su invisible amante y quiso acariciarlo, cuando lo rozó con sus dedos notó que la piel de su espalda estaba cubierta de un grueso pelaje como el de un caballo. Esto la llenó de pánico. No pudo contener el alarido que despertó a su marido quién a su vez la tomó de los hombros y la sacudió hasta que abrió los ojos. Ella le pidió disculpas, se levantó turbada y cuando cruzó frente al espejo vio que estaba cubierta de gusanos. Corrió al baño, se quitó la ropa y observó que los gusanos se asomaban por debajo de su piel. Es así que comenzó a quitarse los pelechos que le colgaban. Grande fue su asombro cuando vio que debajo de la piel muerta crecía una nueva, casi tan suave y rosada como la de un bebé…

Capítulo 5

Catalina terminó de quitarse el tejido cutáneo muerto, que se desprendía relativamente fácil. Había sufrido una muda casi reptiliana. Su piel lucía ahora rozagante, tersa y sumamente suave. Parecía haber rejuvenecido unos 10 años. De repente todo el dolor que había sentido hasta ese momento desapareció y recordó a la santa de su devoción. Recordó como se había curado milagrosamente de los latigazos, gracias a la asistencia de un ángel... Pensó que quizás a ella le había sucedido lo mismo, tal vez una presencia divina la había curado. Pero no recordaba ningún ser angelical, sólo evocaba en su mente la sensación de ser aprisionada por garras, de ser mordida, flagelada y poseída brutalmente.

Sus pensamientos no eran nada santos en realidad, cosa que la asustaba y la excitaba a la vez.

Poco a poco, Sentía que el deseo le iba ganando al miedo. Inmediatamente caminó decidida hasta la habitación y se montó sobre su marido. Éste se sorprendió pero respondió a su mujer con una inusual fogosidad. Es que nunca la había visto así, tan hermosa y desprejuiciada, con tanta avidez y desenfreno. A pesar de haber tenido seis hijas, pocas veces la había observado totalmente desnuda, es más, pensaba que ella no disfrutaba de sus encuentros íntimos. Pero ahora estaba ella con su torso al descubierto presa de un febril frenesí que no pensaba desaprovechar.

Los herrajes de la cama chirriaban ante las embestidas frenéticas y los gemidos retumbaban por toda la habitación. El hombre trataba desesperadamente de taparle la boca con besos para evitar el escándalo innecesario que ella estaba provocando, pero ella esquivaba esos besos y gritaba aún con mayor intensidad.

Terminaron completamente exhaustos y casi sin aliento. Él la abrazó, la besó en la boca y se durmió. Ella en cambio no pudo conciliar el sueño hasta el amanecer, momento en el que desapareció aquella figura oscura parada a los pies de la cama.

Entonces cerró los ojos sabiendo que estaba embarazada…

Capítulo 6

Un chisme por ejemplo, es un arma con un poder de destrucción imparable, porque es hijo del odio y la envidia y evoluciona de la mano de la mentira bajo los mismos principios de la fe. A fuerza de repetición y exageración se termina creyendo lo que no se ve.

Vladimir Sergev (Cuando el hombre creó a Dios).

El embarazo de Catalina no pasó desapercibido. Las mismas mujeres que oficiaban de madrinas en todos los bautismos, de testigo en todos los casamientos y de plañideras en todos los entierros no cesaban de ventilar como cotorras fastidiadas la desafortunada "idea" de Catalina de traer otro hijo al mundo. Estaban furiosas por el descaro y el egoísmo de ésta que teniendo ya seis hijas pretendía poner en peligro a toda la comunidad.

Si el bebé resultaba ser varón, no habría por qué alarmarse, pero si nacía una niña...eso sí que estaría mal. El pueblo no se podía dar el lujo de lidiar con otra bruja, con una ya era más que suficiente. Porque es sabido que la séptima hija mujer consecutiva, indefectiblemente terminaría siendo una adoradora de Satanás.

La indignación iba siendo más evidente y aumentaba cada vez que Catalina paseaba su sinuosa humanidad por las calles del pueblo. Los hombres no podían apartar la vista de aquel grávido pero sensual cuerpo. A su prominente redondez abdominal se le sumaban el vaivén de unas caderas generosas y

un escote a punto de explotar. A su paso dejaba babeando a más de un guacho mamón. Llevaba esa mirada lujuriosa, desafiante que dejaba locos a los hombres y furiosas a sus mujeres, quienes afirmaban que toda esa belleza era de origen diabólico.

Tal es así que un domingo le impidieron el paso a la Iglesia por considerar que su sola presencia era un insulto al Santísimo.

El párroco del pueblo trató de calmar a los feligreses y de hacerlos entrar en razón, pero fue el día de la fiesta del Yatay cuando debía celebrar la misa antes de comenzar con los festejos, que se vieron las luces en el cielo. Esto ya había ocurrido antes, nadie sabía por qué se producía tal prodigio, pero lo que sí sabían era que luego de esas señales luminosas siempre ocurría una desaparición…

Capítulo 7

César era un hombre corpulento, famoso por su destreza en las domas y carreras de caballos. Llevaba en su sangre el ímpetu del pueblo italiano y la virilidad del gaucho argentino. Toda esa energía ancestral la cargaba sobre sus espaldas y la volcaba en su labor diaria, que no era poca por cierto. Los trabajos rurales eran duros y casi no le daban respiro. Él siempre había escuchado la frase esa que dice que todos los niños vienen con un pan bajo el brazo, cosa que no le encontraba sentido, ya que después de haber tenido 6 hijas la única forma de ganarse el pan que conocía era a fuerza de romperse el lomo labrando la tierra. Pero desde que se enteró del último embarazo de su mujer, la granja había erupcionado en abundancia, las vacas parían los terneros de a dos, las cerdos engordaban descomunalmente, las gallinas eran sumamente prolíficas y ni hablar de los frutales que agachaban sus gajos por el peso mismo de su fructificación.

Sentía que la vida le sonreía y que por fin todo su esfuerzo estaba dando resultados. Pero su felicidad no era completa. La verdad que le preocupaba su mujer.

No eran sólo esos raros antojos de carne cruda, ni los cambios de humor constantes, sino que su personalidad había cambiado por completo. Al comienzo no le molestó el apetito sexual que ella demostraba, pero el ansia de saciarlo en cualquier momento y lugar comenzaba a incomodarlo. Ya no era la madre amorosa que solía ser, incluso en algunos casos pa-

recía competir con sus hijas por llamar su atención. Más de una vez la halló abstraída en sus pensamientos mirando fijo hacia el palmar, otras tantas la encontró caminando desnuda en el maizal o en el corral de los cerdos. Cada vez que se percataba de su situación entraba en llanto hasta que parecía desfallecer. Luego se dormía profundamente. Cuando despertaba decía no recordar el episodio.

Todo este cambio de conducta se lo atribuía a su embarazo que estaba a punto de culminar. César pensaba que una vez nacido su hijo pronto las cosas volverían a ser como antes.

Ese día se celebraba la fiesta del yatay. Era la festividad más importante de la región y de concurrencia casi obligada para los habitantes del pueblo. César faltaba por primera vez a los festejos debido a que una de las cerdas había comenzado temprano a parir. Ya iba por el décimo lechón cuando vio las luces en el cielo. No le dio mucho tiempo a especulaciones porque en ese momento escuchó un tremendo grito que provenía de la casa. Al igual que la chancha, Catalina había comenzado con su trabajo de parto.

Capítulo 8

La multitudinaria concurrencia a la fiesta del Yatay había presenciado en plena misa las misteriosas luces en el cielo y como suele ocurrir con estas manifestaciones sobrenaturales, pasaron del asombro expectante a una reacción violenta producto del terror. Veían en aquello una señal de desgracia e inmediatamente buscaron un responsable de la terrible suerte que se avecinaba. No se sabe cómo surgió el nombre de Catalina, pero pronto la muchedumbre clamaba la presencia de la desdichada para que rinda explicaciones y para ser castigada como correspondía. Al no hallarla en el predio, la masa enardecida comenzó una desordenada peregrinación hacia su hogar.

La caza de brujas había comenzado.

Mientras tanto, César encontró un grotesco espectáculo en su cocina. Su mujer se hallaba tirada en el piso. Acababa de romper fuentes y había líquido amniótico esparcido por todo el sitio. Abrazaba una palangana con un hígado fresco que no paraba de devorar a pesar de ser víctima de los espasmos de las contracciones. Cuando llegó entre resbalones hasta ella intentó apartarla de su sangriento festín, pero lo frenó en el acto la feroz mirada de la mujer que se aferró con fuerza al recipiente y siguió masticando salvajemente sin hacer caso de los rojos jugos que le bajaban por el mentón. La tomó en brazos con sumo cuidado y la llevó hasta la habitación. No entendía cómo esa persona que tanto amaba podía haberse convertido en esta desconocida que más se asemejaba a una fiera

que a otra cosa. Las niñas llorosas se agolparon en la puerta, temerosas de la suerte que podía correr su madre.

César le ordenó a la mayor que fuera en busca de ayuda. Ésta obedeció inmediatamente. Salió corriendo de la casa cómo alma que lleva el diablo, pero en la entrada se topetó con una visita inesperada. Una mujer que nunca había visto, vestida toda de negro decía haber venido a ayudar a su madre en el parto. La niña en su inocencia, se alegró de su suerte y la invitó a pasar.

Pensó que sus ojos le jugaban una mala pasada cuando la mujer cruzó el umbral al parecer sin tocar el suelo.

Capítulo 9

La mujer se presentó diciendo que era partera. Dijo llamarse Lilith y que visitaba regularmente a las embarazadas para ofrecerles sus servicios. César respiró aliviado ante tan oportuna presencia y le informó de la delicada situación mientras la conducía a la habitación.

Vieron que Catalina se encontraba de cuclillas sobre la cama sujetándose del respaldo, jadeante por los dolores que sufría. Cuando levantó la vista se sobresaltó al ver a aquella mujer junto a su esposo. No sabía quién era, pero creía reconocerla, traía con ella ese olor picoso del azufre y del almizcle presente en todas sus pesadillas. Entonces se echó para atrás, se acurrucó en un extremo de la cama y comenzó a pedirle a gritos a su marido que no la dejara sola con ella.

La mujer le dijo a César que no se preocupara, que era normal ese comportamiento, que fuera a calentar agua, a traer sábanas y toallas limpias, que ella se ocuparía del resto. Mientras le hablaba muy de cerca, lo miraba fijo a los ojos, le tocaba parte del hombro y del cuello.

Cuando éste se retiró, Lilith acercó a su nariz la mano mojada por el sudor de César, la olió profundamente y sorbió las saladas gotas extasiada ante la vista horrorizada de Catalina. Luego se dirigió sonriente hasta la cama, le sujetó la cara, le lamió las lágrimas y la sangre que le chorreaban por el rostro. Luego la besó en la boca y se rió maléficamente, no muy fuerte, pero lo suficiente como para que Catalina confirmara sus sospechas. Era la misma risa malvada que sintió por primera

vez en la calera, la que la acompañó en sus delirios y sueños vívidos. Estaba frente a frente ante la terrorífica bruja del palmar.

Capítulo 10

Catalina quiso suplicar por su vida y la de su familia, pero de pronto, las contracciones se volvieron más fuertes y le impidieron pronunciar palabra alguna. Se tumbó de espaldas arqueando su cuerpo adolorido. La bruja aprovechó el movimiento, de un salto se trepó entre sus piernas y le levantó el camisón.

La criatura ya asomaba la cabeza.

César entró azotando la puerta. Traía en las manos temblorosas lo que la mujer le había pedido. Vio a ésta agachada entre las piernas de su esposa. Su camisa se le había subido y dejaba al descubierto parte de una repulsiva espalda cubierta de pelos muy semejante a la piel de un carpincho.

En ese momento escuchó el griterío que venía de afuera. El hombre se arrimó a la ventana y pudo ver la multitud que se acercaba por el camino.

La gente se había ido armando con piedras y garrotes en el trayecto. A medida que avanzaban, más se convencían de su propósito y se despojaban de toda razón, de toda lógica, sólo dejaban fluir su deseo de venganza y de castigo. Los individuos escudados en la masa intoxicada por el odio estaban dispuestos a cualquier cosa.

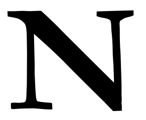
Una de las piedras fue a dar contra un vidrio, que estalló en pedazos.

César alarmado encerró a las niñas en una habitación, tomó su escopeta y salió. No entendía lo que pasaba, ni lo que esa gente pretendía, pero sabía que nada bueno resultaría de esto.

La muchedumbre al verlo hizo silencio. El intendente se abrió paso entre el gentío, no quería perder protagonismo frente a las masas, entonces habló. Exigió que Catalina se presentara, ya que debería comparecer ante la justicia porque estaba acusada de haber sido la responsable de las desapariciones. Cuando el hombre terminó con su discurso, comenzaron nuevamente los improperios por parte de los presentes. César enfurecido por la absurda acusación pegó un tiro hacia el cielo y les dijo que nadie se acercaría sin lamentar las consecuencias, que su mujer estaba dando a luz y que ella no se movería de su casa. Acto seguido entró en la vivienda y cerró la puerta con llave.

La turba enceguecida lanzó piedras y palos contra la casa, luego algunos intentaron cruzar la cerca. Pero no lo lograron. Una lluvia de huevos de ñandú comenzó a caer desde el cielo y los hizo retroceder. Cuando el inexplicable fenómeno se detuvo se escuchó el llanto de un bebé recién nacido.

Capítulo 11

o tengas miedo, estoy acá sólo para asegurarme de que todo salga como debe ser

Esas fueron las palabras que le dijo la mujer a Catalina. A pesar de que su voz trataba de tranquilizarla, no podía dejar de notar ese brillo maligno en su mirada, ni esa sonrisa que le adornaba el rostro perversamente.

La bruja tomó la fuente con el hígado que estaba a un lado de la cama, mojó su dedo índice en el recipiente y trazó cinco puntos en la barriga de Catalina. Las gotas de sangre se unieron caprichosamente ajenas a toda ley de la física, hasta formar un pentáculo invertido.

Catalina comenzó a pujar con más fuerza en el momento que la muchedumbre lanzó los proyectiles contra su hogar.

Entonces la mujer quedó con los ojos en blanco y recitó frases en un idioma extraño que Catalina no podía entender. Luego empezaron a caer los huevos de ñandú desde el cielo."Eso nos dará algo de tiempo" dijo sonriente mientras Catalina descargaba sus últimas fuerzas para que el nacimiento se hiciera efectivo.

Cuando la criatura nació, todo el cuarto pareció iluminarse, la bruja recibió a la niña que lanzó su primer llanto a este mundo convulsionado que reclamaba por su sangre. Finalmente cortó el cordón con sus propios dientes.

César entró presa del pánico, en realidad no sabía qué hacer ante circunstancias tan apremiantes. Se dirigió hasta la habitación y vio que su hijo ya había nacido. Catalina yacía totalmente debilitada y la partera acunaba al bebé.

"Es una niña. No van a parar hasta destruirla. Si quieren salvarla tienen que hacer lo que les diga".

César no tenía opción estaba totalmente perdido.

La mujer le ordenó que fuera inmediatamente al chiquero y le trajera el último lechón que hubiera nacido. Él se precipitó a cumplir rápidamente.

Entonces ella tomó al animal y lo puso en el seno de Catalina. El cerdito se prendió al pecho y lo cubrieron con una manta. Luego corrieron hasta el corral con ánimos de esconder a la bebé. Como la niña no paraba de llorar, la mujer la arrimó a una de las tetillas de la chancha y la dejó allí mamando sobre la montaña de cerditos como si fuera una más del motón.

En eso escucharon que la multitud incontenible trataba de derribar la puerta. César corrió nuevamente hasta la casa dejando a su hija en el corral con aquella mujer.

Quiso detenerlos, pero ya era demasiado tarde. Una veintena de personas habían ingresado. Lo golpearon e inmovilizaron.

Tomaron a Catalina y la llevaron hacia afuera. La gente la escupía y le gritaba cosas horrendas. Alguien enajenado por la ira la golpeó con un palo en la cabeza. Catalina cayó incons-

ciente y ante la vista de la multitud se desprendió de su pecho el cochinillo que traía en brazos dejando a la vista su bestial naturaleza.

El animal chilló, se deshizo de la manta y corrió velozmente esquivando las piernas de los presentes.

Aquello fue un desparramo de gente. Algunos, como el intendente, que horrorizados querían huir de aquella bestia endemoniada y otros envalentonados que deseaban atraparla. Fue todo un caos hasta que lograron agarrarla de los jamones. Todos coincidieron en que estaban en presencia de una abominación. La hija de Catalina al verse acorralada se había transformado por puro acto de brujería en aquel animal para confundir a los presentes y salvarse del castigo.

Entonces envolvieron a la puerquita chillona nuevamente en la manta y comenzaron a propinarle garrotazos hasta que ya no escucharon ningún sonido más.

Capítulo 12

Catalina había sido golpeada en la cabeza. Sintió la sacudida del impacto y luego un estallido de luz que la dejó en blanco.

Fue así que comenzó aquel arrebato místico.

Vio a Santa Filomena llevando los relucientes vestidos de la castidad que caminaba por los pastizales y la invitaba a seguirla.

Así lo hizo y la condujo hasta el mismo sitio donde se emplazaba la calera.

Eran otros tiempos. Eran tiempos pasados...Hombres de sotana negra junto a nativos trabajaban en conjunto para levantar las paredes de los hornos. La santa niña le tocó la frente y desde ese momento le llegaron los pensamientos que posibilitaron su entendimiento. Esas personas eran padres Jesuitas. Habían llegado a estas tierras con supuestos motivos evangelizadores. Pero había una oculta verdad detrás de todo este despliegue sistemático de misioneros.

Ellos se enteraron de la creencia de los indios guaraníes sobre la existencia de una tierra sin mal, en donde reinaba la paz y la abundancia, donde no existía la enfermedad ni la muerte. Éste sería un lugar geográfico real que se ubicaba dentro de la Mesopotamia. ¿Acaso esa tierra sin mal de la que tanto hablaban

los aborígenes era el mismo edén del que fueron expulsados Adán y Eva?

Si es que esto resultaba ser cierto, deberían apurarse a encontrar ese sitio. Como ejército de la Iglesia tenían el secreto mandato de llevar a cabo la cruzada más peligrosa, pero a la vez la más Santa de la historia de la humanidad. Se trataba de devolver a Lilith al paraíso desde donde se había escapado.

Luego vio cómo bajaban de un barco un cofre hecho con siete capas de siete materiales distintos cerrados con siete sellos. En cada uno de los sellos estaba representada una de las siete virtudes. Dentro descansaba en un letargo profundo Lilith, la primera mujer de Adán la misma que abandonó el paraíso por encontrar aburrido a su insulso y mal amante esposo en un acto de rebeldía imperdonable, para retozar junto a demonios provocando la ira del creador.

Más tarde en el tiempo vio a 1.500 soldados subiendo la costa del río. Observó cómo los indios eran masacrados, cómo los misioneros eran apresados y cómo la reducción era saqueada. Los integrantes de la Compañía de Jesús ofrecieron resistencia e intentaron esconder el cofre maldito en los túneles subterráneos de la calera, pero las milicias del rey los descubrieron y reclamaron el objeto pensando que allí llevaban valiosos tesoros. Intentaron abrirlo de todas las formas posibles, pero no lo lograron. Entonces, apuntaron un cañón desde el barco y dispararon. La tapa del cofre voló por los aires envuelta en una densa nube de humo. Se acercaron a ver el contenido, pero no hallaron nada. Así que tiraron la caja vacía al río y se retiraron. Habían expulsado a los Jesuitas de estas tierras, pero atrás habían dejado suelta a la maldad.

Capítulo 13

¿Porqué yo? ¿Por qué a mí me tiene que pasar esto? Exclamaba Catalina entre sollozos.

-No es por tu causa... Es por la niña, la séptima.

-¡Pero es sólo un bebé!

-La oscuridad se ve atraída hacia la luz, quiere poseerla, hacerla suya. El siete es un número sagrado. Es un número de Dios. Tu hija está llena de la gracia divina en su expresión más pura... Y la maldad quiere corromperla.

-¿Por qué me mostraste esto?

-Porque era necesario que sepas a lo que te vas a enfrentar. Debes tener fe. ¡Levántate!

Cuando la santa terminó de hablar Catalina vio que todo se oscurecía a su alrededor, que el piso desaparecía en las penumbras y sintió que se caía al vacío.

Despertó con un sobresalto y con un gran suspiro que dilató sus pulmones comprimidos por la muerte. Vio a su marido con el rostro golpeado que la sujetaba por los hombros y a las seis niñas llorando detrás de él. Aún con la visión nublada pudo divisar cómo su casa era consumida por el fuego. Ya no quedaba nadie en el lugar. La muchedumbre se había marchado dejando detrás el vandálico desastre.

¿Cómo habían llegado a ser capaces de tal brutalidad? La mitad de los concurrentes eran personas que decían ser sus amigos, el resto eran conocidos. Enceguecidos por el odio y la ignorancia no habían parado hasta cometer los actos más irracionales.

Gracias a Dios sus hijas estaban bien...

-¿Y la bebé?¿Dónde está la beba? ¿Qué le hicieron? ¡¿Dónde está?!

-Ellos...ellos no le hicieron nada... -Le contestó César con lágrimas en los ojos y con el rostro totalmente desencajado.

Ella nunca había visto llorar a su marido y sabía que eso significaba lo peor.

-¡¡¡ Decíme dónde está!!!

-Se la llevó, esa mujer...Lilith... Se la llevó... La tomó del corral, se elevó en el aire y desapareció... No pude hacer nada, se fue volando ¡No pude hacer nada! Si estás bien tenemos que irnos de acá, levántate por favor y vamos.

Catalina se incorporó con rapidez pero no se fue con César. Corrió como pudo hasta el galpón, encinchó la yegua al sulky, se trepó al vehículo y azotó con todas sus fuerzas al animal que salió disparado en dirección al palmar. Ella sabía a dónde debía ir... También sabía quién la esperaba.

Capítulo 14

LA BATALLA FINAL

El viento traía consigo el agridulce olor al yatay fermentado proveniente del palmar. La primer luna llena del año bañaba con su blanca luz los movedizos pastizales tornándolos plateados. Los túneles que cavaban las vizcachas daban cobijo a innumerables seres, algunos rastreros, otros voladores que asomaban las cabezas dejando a la vista sus brillantes pupilas curiosas ante la repentina irrupción del sulky que potenciaba su ruido al avanzar sobre el canto rodado del camino. Catalina ya veía las ruinas de la calera cuando la yegua resopló intranquila y comenzó a rebelarse contra el mandato de las riendas que azotaban su lomo para que siguiera su rumbo. Ella había escuchado que los equinos sentían la presencia de espíritus malignos y se daba cuenta de que este noble animal estaba sufriendo a causa de la demoníaca bruja. Hasta que de pronto, ya no se movió a pesar de la insistencia de Catalina, quien al no poder activar la marcha decidió continuar a pie, no sin antes armarse con el machete que siempre llevaba guardado debajo del asiento. Ni bien hubo bajado, unas sombras se levantaron desde los matorrales dirigiéndose hacia el camino tapando por completo el paso.

Ella se acercó decidida a sobrepasar cualquier obstáculo y vio que las sombrías figuras que se recortaban en la senda correspondían a enormes ñandúes, de aproximadamente unos dos

metros de alto que extendían sus alas en señal de amenaza. Catalina trató de espantarlos, pero las aves graznaron furiosas y arremetieron contra ella dándole picotazos y coces. Se defendió como pudo, les atinó unos cuantos machetazos, y decapitó a un par. Pero eran demasiados. La sujetaron de los cabellos con sus picos y la arrastraron por la grava en dirección a la calera. Sólo la soltaron al llegar a la entrada del edificio principal, luego retrocedieron y desaparecieron detrás de la vegetación. Catalina estaba golpeada, los dolores del reciente parto aún le hacían eco en sus entrañas, tenía la ropa hecha girones y casi no podía respirar. Pero estaba dispuesta a ocupar lo que le quedaba de aliento para recuperar a su hija. Escuchó un llanto de bebé que provenía del subsuelo, entonces tomó una de las velas del horno que hacía las veces de oratorio e ingresó al derruido edificio, bajó lentamente las resbalosas escaleras de piedra hasta hallar el ingreso a los túneles. El aire viciado por el olor a osamenta resultaba nauseabundo. Catalina seguía su trayecto tratando de escuchar la procedencia del llanto.

De repente, se encontró frente a una entrada que tenía la apariencia de haber sido cavada por garras. El olor insoportable era allí más fuerte, también los gritos de la criatura. Catalina se apuró y llegó hasta un recinto alumbrado por antorchas que parecía estar debajo del cementerio. En el medio se elevaba un altar sostenido por una base de cráneos humanos. Sobre él yacía la niña, detrás estaba Lilith, No era como la recordaba. Aunque su rostro bellísimo era el mismo, no así su cuerpo

desnudo que mostraba su torso femenino, su piel cubierta de un pelaje pardo, de su entrepierna le colgaba un largo clítoris semejante al de las hienas, no tenía pies, sino patas terminadas en garras como las de los ñandúes y unas alas de lechuza que le brotaban de su espalda.

-¡Devolvéme a mi hija! -gritó Catalina.

La bruja la miró y de un salto estuvo sobre Catalina.

-¡Pero qué mal agradecida! Te mostré las delicias del placer y del dolor y me pagás de ésta forma... ¡sólo es una niña!

¿Por qué tanto escándalo? -mientras hablaba asomaba de sus labios perfectos una siseante lengua bífida.

-¡Es sólo una niña sí, pero es mía y se va conmigo!

-¡Nunca! Lilith la tomó de los hombros y la lanzó contra la pared mientras reía a carcajadas.

El tremendo golpe la dejó debilitada. Con lo que le quedaba de aliento comenzó a rezar a su Santa.

-Oh santa virgen niña eres Lúmena, eres la luz de Dios. No me dejes a merced de la oscuridad. Por la sangre de tu martirio, ayúdame a combatir el mal. En este momento de aflicción no me abandones ¡Santa Filomena socórreme!

En ese momento Catalina vio que se materializaba una imagen de la santa y le ofrecía tres flechas doradas, símbolo de su martirio. Las tomó y supo qué debía hacer. Se incorporó a

duras penas aprovechando que la bruja estaba de espaldas le clavó una de las flechas. La bestial criatura chilló estridentemente derramando una sangre ácida. Giró hacia la mujer tratando de atacarla, pero ella reaccionó y le clavó la otra flecha en el pecho. Lilith la miró sorprendida.

-¿Qué hiciste maldita? -Dijo mientras retrocedía y veía la última flecha en manos de Catalina con terror en los ojos.

La depravada maldita retrocedió ante la amenaza de la flecha y se escurrió por la galería tratando de escapar como sabandija. Catalina la siguió. Sabía que para salvar a su hija debería acabar con la pérfida mujer. Es así que persiguió su sombra hasta la desembocadura del túnel que abría sus fauces en dirección al río. Lilith desplegó sus alas en toda su envergadura y se lanzó tratando de remontar el vuelo. Ya en el aire sintió un tirón. Miró hacia abajo y vio a Catalina prendida de sus patas que la había alcanzado al pegar un salto e intentaba trepar para llegar a su espalda. La bruja trató de liberarse, pero Catalina se había aferrado con las piernas a su cintura comenzando a cortarle una de las alas con el filo de la flecha. Fue entonces que empezaron a caer en picada libre hasta sumergirse en las aguas del río. Allí en el fondo, en reposo líquido aguardaba el cofre de las siete virtudes. Catalina tomó a Lilith de su roja cabellera y la arrastró hasta el sarcófago. La otra intentó defenderse pero la inmovilizó ensartándole la última flecha bendita directo en el corazón. Acomodó a la réproba en el interior y cerró la caja con la tapa que levantó haciendo galas de una fuerza sobrehumana. Ni bien lo hubo hecho, los sellos

antes rotos se fundieron en una incandescencia rojiza restableciendo el letargo de la impía Lilith.

Catalina nadó hasta la superficie del río, se dirigió hasta el túnel y tomó a su hija en brazos. Caminó hacia su casa con el cuerpo deshecho pero con el alma intacta. Allí se reencontró con su familia en un abrazo interminable. Luego por fin, le ofreció el pecho a su niña, pero ésta la rechazó, aunque más tarde se prendió con gusto a la teta de la chancha.

Capítulo 15

EPÍLOGO

Actualidad: *HALLAN TESORO ARQUEOLÓGICO EN EL PALMAR.*

Argentina 15 de febrero de 2016.

Un importante descubrimiento arqueológico se llevó a cabo el día de ayer 14 de febrero del corriente año en el Parque Nacional El Palmar en la Provincia de Entre Ríos, más precisamente en el departamento de Colón. El hallazgo sucedió durante los procedimientos realizados para el dragado del río, luego de las últimas devastadoras inundaciones que afectaron toda la zona del litoral. Un grupo de técnicos liderados por el reconocido geólogo Juan Carlos Magliano, se encontraba realizando un estudio in situ para determinación del impacto geológico del proyecto, cuando encontraron un objeto encallado en la costa. Según relata el mismo Magliano, es usual que luego de las crecientes se hallen objetos provenientes de aguas arriba, pero que dudaba de que éste sea uno de esos casos. Por el peso y el tamaño del mismo lo más lógico es pensar que no pudo ser arrastrado por la corriente más de unos metros, pero lo suficiente como para divisarlo cuando comenzó la bajante. El objeto en cuestión es un cofre de alrededor de 2m de longitud por 80 cm. de ancho Forjado en una aleación de metales que no se han identificado aún. Su superficie está

labrada de una forma exquisita y su estado de conservación es asombroso. El INAPL (Instituto Nacional de Antropología y Pensamiento Latinoamericano) se presentó de inmediato y se ofreció a realizar las pesquisas sobre el objeto, ya que dicha institución lleva a cabo un programa denominado Investigación y Conservación del Patrimonio Cultural Subacuático Argentino. Pero según fuentes no oficiales el equipo multidisciplinario aún no ha podido poner manos a la obra a causa de que el Vaticano reclama la potestad sobre el cofre. Aduciendo que el mismo pertenecería a la "Compañía De Jesús". En la antigüedad los Jesuitas habían construido una Calera en la zona del hallazgo que aún hoy se pueden apreciar las ruinas. Cuando éstos fueron expulsados dejaron detrás tesoros y reliquias escondidas que fueron buscadas durante años sin éxito aparente. Dicen que la llamada que hizo el reclamo fue hecha directamente desde Roma y quien habló fue nada más y nada menos que el Papa Francisco perteneciente también, a la misma orden en cuestión. Esperemos que el conflicto se solucione y que todos podamos enterarnos del contenido del cofre, que hasta hoy es un misterio.

Periódico "ECOS del río"

FIN

TIERRA DE STRIGOI



KARINA BARRIONUEVO

TIERRA DE STRIGOI

Marcos había llegado hacía un par de semanas a Sibiu, una hermosa ciudad de Rumania, que lo deslumbraba por donde la viese. Su imponente arquitectura medieval, sus mercadillos de antigüedades, sus barrios y calles. Cada piedra tenía su historia y esas historias siempre estaban plagadas de leyendas.

El Museo de Historia Natural de Sibiu, lo había contratado como ayudante, gracias a su brillante participación en el proceso de datación por carbono que se había llevado a cabo para determinar la edad, de los restos humanos más antiguos hallados en Europa en la Peștera cu Oase (Cueva de los huesos).

Había tenido suerte de hallar esa casa en el casco antiguo de la ciudad, gracias a una búsqueda web en el sitio Airbnb. Luego de una exhaustiva búsqueda encontró ese departamento. El arrendador estaba bien puntuado y la casa distaba a unos cien metros del "Podul mincinosilor" (Puente de los mentirosos) y de la "Pătrat mic Minunat" (Pequeña plaza encantadora) así como a unos novecientos metros de la estación de trenes. Marius Velkam, Su anfitrión lo había recibido muy amablemente, le había mostrado la estancia rápidamente y luego lo había invitado a un Pub a beber unas cervezas. Pero Marcos se excusó, porque tenía planes al día siguiente.

- Este bine... La revedere, nu știți ce vă lipsesc. (Está bien... Adiós, no sabes lo que te pierdes)– se despidió Marius un tanto jocoso y agregó – Dacă ai nevoie de ceva, o poți întreba pe bunica mea Ileana. Când a aflat că veniți, a alergat să pregătească cina, care vă așteaptă în bucătărie (Si necesitas algo, puedes pedírselo a mi abuela Ileana. Cuando se enteró que venías, corrió a prepararte la cena, que por cierto, te espera en la cocina)

- La revedere, mulțumesc pentru tot. (Adiós. Gracias por todo)- saludó por su parte, Marcos.

Una vez instalado en su habitación, bajó a la cocina para echar algo al buche. La verdad es que estaba bastante hambriento. Hacía mucho tiempo que no probaba comida casera. Tomó el plato para servirse de la olla que humeaba en la estufa, pero una mano huesuda lo detuvo. El Joven giró pegando un vergonzoso alarido.

La ancianita rio bondadosamente, le quitó el plato y el cucharón de las manos que hacían las veces de su escudo y espada.

- Lasă-mă să te servesc baiatului, eu sunt Ileana și am grijă de bucătăria din această casă, a fost întotdeauna așa și va continua să fie până când creatorul mă va chema la el. (Déjame que te sirva muchacho, yo soy Ileana y me encargo de la cocina en esta casa, siempre ha sido así y seguirá siendo, hasta que el creador me llame a su lado) – Y señalando la silla agregó - Luați loc și așteptați să vă servesc. (Toma asiento y espera que te sirva.)

- Vă mulțumesc foarte mult doamnă. Îmi cer scuze pentru că am intrat în domeniile dvs. fără permisiune. (muchas gracias señora. Pido disculpas por entrometerme en sus dominios sin permiso)

La mujer sonrió, le sirvió la comida y luego tomó asiento. Resultó ser todo un encanto, la abuela que toda persona quisiera tener. Esta pequeña y arrugada señora era por demás

interesante. Pronto se vio hablando en español con Marcos, ya que dominaba por lo menos cinco idiomas y entendía a medias otros dos.

- Mañana partiré hasta Brasov. Es mi primer fin de semana libre desde que llegué y quisiera aprovecharlo haciendo esta visita que soñé desde pequeño.

- Ah… eres como todos los turistas ingenuos.

- ¿A qué se refiere señora?

- Irás al castillo de Bran… ¿cierto?

Marcos observó extrañado a la vieja a la que le brillaban inquietantemente los ojos.

- Si. Es cierto. Iré allí. Desde que tengo 11 años soñé con visitar el castillo de Drácula y la vida me trajo tan cerca, que no puedo desaprovechar la oportunidad. Mañana caminaré por los mismos pasillos que Vlad Tepes. De solo pensarlo, me dan escalofríos.

Ileana largó una carcajada que resonó por toda la estancia.

- Niño, cómete ese guiso que tienes en el plato, pero no te comas ese engaño. Vlad Tepes no vivió en ese castillo. Eso es solo una promoción turística. La gente busca vampiros. Pero solo encuentra piedras viejas...no tienen idea de lo que es un verdadero strigoi.

- ¿Strigoi?

- Sí, strigoi, vampiri o nosferatu y su descendecia maldita los moroi.

- ¡Vaya! ¿Es que acaso cree usted en esas leyendas de campesinos?

- No es cuestión de creer o no creer. El no creer no te hará inmune a locuitorii de noapte (Habitantes de la noche). Haces bien en viajar de día. La luz del sol es lo único que te mantendrá a salvo.

Marcos terminó de comer en silencio. Quería preguntar tantas cosas, pero temía escuchar las respuestas.

La noche le resultó lenta. Aunque estaba muy cansado, no logró pegar un ojo. Por suerte, la señal de WiFi era buena y comenzó a mirar videos en Youtube. De repente, una palabra hizo ruido en su cabeza. ”Strigoi”... retumbó en su mente y fue casi automático poner el vocablo en el buscador, para hallar aquellas respuestas a las preguntas que no se había atrevido a formular. Lo que encontró fue más que inquietante. Eran innumerables las historias de fantasmas, y espíritus errantes succionadores de energía vital, que se remontaban desde la oscuridad de los tiempos hasta la actualidad. El mito del strigoi estaba tan vivo ahora, como antaño en estas tierras. Claro, que muy poco tenían en común esos relatos, con la imagen occidental del vampiro.

Marcos era un hombre de ciencia y no solía hacer caso a las supersticiones. Pero había algo que lo atraía y le provocaba cierto morbo en lo que concernía al mito del vampiro.

Investigó un poco más y decubrió que efectivamente, la información que le diera la anciana era cierta. El verdadero castillo de Vlad se encontraba a cientos de kilómetros al sur de Brasov en un paraje llamado Comuna de Arefu. Solo quedaban ruinas de la fortaleza a la que los lugareños llamaban Castillo de Poeinari. En ese momento decidió que cambiaría su tiket el día

siguiente y visitaría aquel lugar y no el otro, que era solo una trampa comercial para incautos visitantes.

Bajó bien temprano, porque quería tomar el tren de las 7 AM y ni bien ingresó a la cocina lo invadió el olor del café recién hecho. Ileana se afanaba por sacar algo del horno cuando vio al joven. Entonces soltó la fuente sobre la mesada y corrió a recibirlo.

- Siéntate, siéntate, que ya te sirvo el desayuno.

- Gracias, pero solo tomaré algo de café.

- Patrañas – Le dijo la anciana en tono de reprimenda – preparé turtâ dulce con mucho amor y dragostea trece prin stomac (El amor pasa a través del estómago).

- Es que no tengo hambre por las mañanas.

- Vamos... Pofta vine mâncănd (el apetito viene mientras se come) – Sentenció la anciana mientras colocaba delante de sus narices un plato lleno de galletas de jengibre.

Marcos sabía que no debía contradecirla, así que comió uno de los panecillos, lo más rápido que pudo y empujó la mascada con el café que terminó bebiendo de pie.

La anciana se movía de una forma tan ligera que en un santiamén había envasado más galletas en un recipiente plástico y se lo ofrecía en un gesto tan generoso que enterneció al muchacho.

- Pentru drum (Para el camino) – Le dijo dulcemente.

Cuando el joven estaba a punto de marcharse la mujer lo retuvo y le ofreció una bolsita de polietileno repleta de semillas de trigo y alfileres.

- Vuelve antes de la noche hijo, no te quedes en la tierra de los strigoi más de lo debido. Nu lăsați luminile să vă prindă (no dejes que las luces te atrapen).

- Ce lumini îmi vorbești? (¿de qué luces me habla?)

- Cuando las veas, lo sabrás. Arrójales el contenido de la bolsa. Los strigoi no pueden resistirse a contar las semillas. Cada vez que se pinchan con un alfiler, comienzan nuevamente a contar. Eso te dará algo de tiempo.

- Vă mulțumesc foarte mult doamnei Ileana (Muchas gracias señora Ileana). – Balbuceó Marcos, quien no sabía si reír ante aquella ridícula recomendación, o preocuparse por que quizás a aquella vieja desquiciada se le hubiera ocurrido poner veneno a su desayuno.

- Ve con Dios hijo, y recuerda Nu lăsați luminile să vă prindă.

- Nu voi lăsa lumina să mă prindă (No dejaré que la luz me atrape) – Alcanzó a susurrar, sin saber bien por qué. Luego, se retiró de aquella casa con una rara sensación de angustia en el pecho.

La brisa fresca de la mañana terminó por estimularlo y la caminata hasta la estación le sentó bastante bien. No tuvo inconvenientes en canjear su boleto, pero el tren solo lo llevaría hasta mitad de camino. Tras una hora de viaje, se encontró en la estación de Caineni, negociando con un taxista su pasaje hasta la Comuna de Arefu.

La Transfăgărăşan era una ruta muy sinuosa, una de las más elevadas de toda Europa y las curvas cerradas, con paredones de un lado y precipicios del otro, presentaban un gran peligro para conductores imprudentes. Pero el que conducía el taxi que llevaba a Marcos, era el colmo de precavido. No avanzaba a más de 40 km/h y ésto le provocaba gran ansiedad al mucacho. Tardaron casi cuatro horas en llegar a destino, pagó los € 50 convenidos y le dijo al chofer que tendría otros 50 si lo esperaba por la tarde para retornar a Caineni. El hombre le explicó que lo esperaría hasta las 5PM. Luego, se marcharía.

- Pero si ya son las 12. – L e reclamó Marcos. Por lo menos espéreme hasta las 6PM

- La Paştele Cailor (En la pascua de los caballos).- Dijo el hombre en tono de burla- Manejar en horas de la noche, con la niebla, es casi suicida.

- ¡Haide, omule! românii sunt faimoși pentru Să faci din rahat bici (¡Vamos hombre! ¡Los rumanos son famosos por hacer un látigo de mierda.) – Le reclamó Marcos, tratando de convencerlo.

- Acest rahat este foarte mare, chiar și pentru un român (Esta mierda es muy grande, incluso para un rumano.).- Sentenció el hombre, y luego agregó – 5:30 PM nu încă un minut și vă va costa €65 nu 50 (5:30 PM ni un minuto más y te costará €65 no 50).

Marcos aceptó de mala gana. Esto ya estaba sobrepasando su presupuesto. Pero no quería seguir perdiendo tiempo, debería apurarse si quería estar pronto en el castillo. Cinco kilómetros y medio no suelen ser tan cansadores, pero la altitud y lo agreste del terreno lo llevaron a esforzarse al máximo. La reserva natural era imponente. A los lados del sendero había varios carteles que advertían la presencia de osos y el peligro de ingresar con comida que esos animales pudieran olfatear. Esto lo preocupó un tanto al recordar las galletas que llevaba en la mochila. Pero la preocupación dejó paso a la fascinación cuando divisó la entrada al valle. Un cartel ostentaba la leyenda “Bosque de los empalados”. Debajo se podía observar un banner con la reproducción de un grabado del siglo XV en donde se apreciaba un paisaje sanguinario de miles de personas empaladas mientras el príncipe Vlad Tepes desarrollaba un festín a su lado.

Se adelantó un poco por el sendero y observó las estacas y los muñecos atravesados por palos, puestos en el sitio para recrear la escena de los empalamientos. El portón de ingreso a la ciudadela estaba clausurado con una cinta de “peligro” y sobre ésta había pegado un cartel que decía “Inchis de urşi” (Cerrado por los osos) en ese momento sintió como dicen los rumanos “moneta a căzut” (Le cayó la moneda. Expresión utilizada para decir que comprendió o descubrió algo). Por esa razón había estado tan solitario el camino. Entonces sintió que un escalofrío le recorrió la espina, si le ocurría algo, nadie se enteraría hasta días después. En su trabajo en la “Cueva de los huesos” Había visto lo voraz que pueden ser los osos, más aún en el período otoñal, en el que se vuelven tremendamente glotones.

A pesar de la advertencia, decidió seguir adelante. No Había llegado tan lejos, para regresar sin el premio mayor. Saltó el portón y se dirigió a la escalinata de casi 1500 peldaños de hormigón que lo llevaría hasta la fortaleza, en la cima del precipicio.

Desde que comenzó a circular por ese sendero ascendente, lo incomodó la sensación de ser observado. Incluso en varias ocasiones le pareció ver sombras que se ocultaban en la frondosa vegetación. Cada vez que subía un peldaño, sentía que algo le aguijoneaba el muslo. Entonces

metió la mano en el bolsillo de su campera y encontró la bolsa que le dio Ileana esa mañana. Los alfileres habían roto el envoltorio y su contenido se desbordó por doquier. Tiró el plástico en un contenedor de residuos, maldiciendo a la anciana supersticiosa por haber plantado en él pensamientos tan poco racionales. Trató de enfocarse en su objetivo y Llegó a la cúspide luego de 30 minutos de caminata ligera. Casi sin aliento, observó el paisaje de la montaña que le resultó majestuoso. Más aún que las mismas ruinas de la fortaleza, que si bien sugerían un antiguo esplendor, ahora libraban una cruenta lucha con la naturaleza por mantenerse en pie. Todo sugería que el destino de la ciudadela era despeñarse por la ladera como lo hiciera la princesa Lidia, esposa del empalador, que se arrojó desde una de las almenas al enterarse de un inminente ataque turco.

- ¡Iată-mă, strigoi! ¡Vino pentru mine Nu mi-e teamă de ei! (¡No muertos, Aquí estoy yo! ¡Vengan por mí, no les tengo miedo) – Se animó a gritar desde las desafiantes alturas entre aullidos y carcajadas triunfales. Realmente experimentó esta travesía como una victoria y sentía que nada podía afectar la sensación de plenitud y alegría que lo embargaba.

El eco replicó los gritos innumerables veces hasta que el silencio volvió a reinar. Fue entonces que sintió el temblor.

El suelo comenzó a agitarse violentamente y pronto ya no pudo mantener el equilibrio. Inauguró su trayectoria de descenso, de la peor forma posible. Su cuerpo rodó por la escalinata golpeándose tremendamente. Lo último que alcanzó percibir antes de quedar inconsciente, fue la sombra de un millar de murciélagos, que con estridentes chillidos, taparon el cielo vespertino.

Cuando volvió en sí, la sombra de la montaña se adelantaba al crepúsculo y un acre sabor a sangre le invadía la boca. Se había mordido la lengua y sangraba insistentemente. Se puso de pie, aún aturdido por los golpes y comenzó a palparse las extremidades. Se alivió cuando corroboró que sus lesiones no habían sido de gravedad. Inmediatamente revisó su móvil y se espantó al ver la hora. Eran las 5 PM. Solo le quedaban 30 minutos para regresar. Se precipitó en una penosa carrera. La voz de la anciana le venía a la memoria insistentemente. ”Vuelve antes de la noche hijo”, ”La luz del sol es lo único que te mantendrá a salvo”.

Cuando llegó al valle, la sombra de la montaña parecía pisarle los talones. Las penumbras en el bosque simulaban danzar ante su desesperación. Creyó escuchar pasos en la hojarasca y gruñidos que le helaron la sangre y aceleraron su corazón. "Me acechan... ¿los no muertos? ¡Qué estúpido fui al desafiarlos!". Pensó, sin poder racionalizar su percepción y comenzó a correr lo más rápido que su humanidad se lo permitió. A pesar de la velocidad que llevaba; la oscuridad, como una mancha de tinta, comenzaba a tragarlo. Hasta que de pronto, se vio andando a tientas en la turbia y neblinosa opacidad de la noche. Trató de alumbrarse con el móvil, pero la batería estaba casi agotada, así que no le duró por mucho tiempo. Cuando se le apagó el teléfono, también perdió la noción del tiempo. Calculó que debía haber andado al menos una hora, en el momento que comenzó a divisar unas luminarias movedizas al ras del suelo, que avanzaban, se elevaban a cierta altura, volvían a caer y rodar desperdigándose en el terreno. Todo esto sucedía a la vera del camino, como si aquellas lúgubres candelas lo siguieran. "Nu lăsați luminile să vă prindă" (no dejes que las luces te atrapen) resonaban las palabras de la vieja en su cabeza. El terror fue ganando terreno. Mientras más rápido corría, las luces más se alborotaban y se empecinaban en alcanzarlo "¡Nu lăsați luminile să vă prindă!" exclamaba la voz interna, cada vez con más potencia.

- ¡Nu voi lăsa lumina să mă prindă! (¡No dejaré que la luz me atrape!) – Se sorprendió gritando mientras trataba de correr más rápido.

De repente, las luces se condensaron de a pares, como si fueran ojos que lo observaban y se acercaban amenazantemente a la orilla del camino. Marcos recordó que había desechado la bolsa que le diera la anciana y maldijo haber sido tan incrédulo. Buscó en su bolsillo y sintió que aún había algo de su contenido allí, Tomó lo que pudo entre sus dedos y arrojó las semillas de trigo detrás de sí mientras gritaba a todo pulmón. "¡Mănâncă nenorociții ăștia strigoi!" (¡Cómete eso maldito strigoi!)

Unas sombras gigantescas se alzaron de los matorrales y se lanzaron sobre las semillas. Marcos escuchó los gruñidos por detrás, pero no se detuvo a observar. Siguió empecinadamente su carrera hasta que divisó la Transfăgărăşan a lo lejos. Se detuvo por un instante para recuperar el aliento y luego intentó continuar la marcha, pero algo lo detuvo. Sintió que lo jalaban hacia atrás con un fuerza inhumana. Aquel pestilente monstruo lo arrastraba de regreso al bosque, entonces intuyó que una vez allí sería demasiado tarde para él. En aquel momento de lucidez reaccionó. Se desabrochó la mochila, liberándose de ella como si fuera un lastre y retomó su huida desesperada hacia la carretera.

Una vez allí, se cruzó en la trayectoria de un coche que venía del Norte. El carro frenó ruidosamente y el conductor sacó la cabeza por la ventanilla.

- ¡Acest lucru vă va costa foarte mult. Haide, băiete. introduceți in mașina în acest moment (¡Esto te saldrá caro! Vamos, muchacho. Entra al auto inmediatamente.)

A oír esa voz conocida, sintió que le volvía el alma al cuerpo. No se hizo esperar y se metió al taxi que arrancó de inmediato.

- Băiatule. Se pare că ai avut o luptă cu strigoi. (Maldito muchacho. Parece que hubieras tenido una pelea con un strigoi).- El hombre parecía fastidiado, más que asombrado por las fachas que traía Marcos.- Sper că ai cum să mă plătești. Pentru că dacă nu te arunc pe drum. (Espero que tengas como pagarme. Porque si no, te arrojo nuevamente a la carretera)

Marcos no prestaba atención, solo miraba a través del parabrisas como una enorme sombra volvía a la floresta.

- Aveți bani să mă plătiți? (¿Tienes dinero para pagarme?). –Le dijo exigente.

- Nu vă faceți griji, vă voi plăti ceea ce cereți. Mulțumesc că ați venit la întâlnirea mea (No se preocupe. Le pagaré lo que me pida. Gracias por venir a mi encuentro.) –Marcos sentía que no habría suficiente dinero en el mundo para pagarle a ese hombre lo que había hecho por él.

Tomó el tren de las 10 PM para retornar a Sibiu. En la hora de viaje que le tomó llegar a destino recapacitó acerca de la aterradora experiencia que acababa de vivir. El taxista le había contado que se enteró por los lugareños que una familia de osos había atacado a unos colegiales que se encontraban de excursión la semana anterior. Que por eso se había preocupado cuando no se presentó a la hora convenida y decidió recorrer la carretera hasta encontrarlo. Había sido muy afortunado al haber escapado con vida de aquellos seres. Ahora sabía que no eran otra cosa más que la familia de osos que merodeaban las ruinas. Su cerebro científico, ahora en calma, trató de encontrar una explicación a aquellas luces que había visto. Se golpeó la cabeza con la mano al darse cuenta lo estúpido que había sido. Se rio muy fuerte y

los pasajeros del tren se giraron a observarlo. “¡Ignis fatus!” exclamó mientras le caían dos hilillos de sangre por las comisuras. Los fuegos fatuos eran un fenómeno natural que se producían por efecto del gas fosfórico liberado durante la descomposición de la materia orgánica. Cualquier estudiante de química general lo hubiera sabido. Seguramente el temblor había librado este gas, que en contacto con el vapor de agua presente en la bruma, había desencadenado la reacción y la consecuente fosforescencia. Qué alivio sintió al encontrar una explicación basada en la razón, justo en el momento que arribaba a Sibiu.

Grande fue su sorpresa al ver que Ileana lo esperaba en el andén con expresión preocupada. Cuando lo vio se le iluminó el rostro y corrió abrazarlo.

- ¡Niño! ¡Has vuelto! ¡Me tenías con el corazón en la boca!

Marcos agradeció aquel cálido recibimiento y mientras se dirigían a la casa pasó a relatarle su aventura. La mujer lo escuchó atentamente y trató de entender las conclusiones a las que había arribado. Pero cuando llegaron a la mitad del puente de los mentirosos, se detuvo.

- ¡Basta! Te estás emborrachando con agua fría (expresión que significa: te estás engañando a ti mismo) los strigoi existen. ¿Acaso no te bastó lo que viste esta noche?

- Ileana, debo reconocer que la influencia de tus palabras me afectaron. Por un momento pensé que realmente podía estar frente a un vampiro. Pero gracias a Dios, pude librarme del velo de la superstición que no me dejaba ver las cosas según la realidad.

- Después de todo lo que viviste, niegas nuestras creencias y das gracias a un Dios que nunca has visto. Eso es realmente estúpido. Para que sepas, estamos sobre el puente de los mentirosos. Si dijera una mentira, el puente se quejaría con ruidos atronadores. Y es aquí mismo donde te digo que los strigoi existen. –La anciana hizo una pausa y elevó una palma sobre el pabellón de la oreja como intentando oír algo, pero solo se escuchó la corriente del arroyo bajo sus pies. -¿Ves? Ahí lo tienes.

Marcos pensó en que sería más fácil seguirle la corriente a esa mujer, que tratar de convencerla.

- Tiene razón señora. Hoy vi cosas que escapan a toda lógica. Tengo suerte de haber vuelto y encontrarme ahora con usted sano y salvo.

La ancianita sonrió coqueta y le palmeó el brazo. Él sonrió y se le escapó un poco de sangre que le resbaló por el mentón.

- Tú tienes razón, ahora estás a salvo.- Le respondió Ileana con un brillo helado en los ojos.

Inmediatamente el puente comenzó a crujir de una forma que parecía se vendría abajo en cualquier instante. – ¡Ups! Creo que se me escapó una mentirilla.-Dijo la mujer entre risitas juguetonas y ante la mirada atónita del joven saltó directo hacia su boca ensangrentada.

Lo besó apasionadamente, hasta sorberle la última gota de fluido de su cuerpo. Ella vibraba en éxtasis cuando finalmente fagocitó el alma de Marcos que atravesó su garganta como una delicada esfera deliciosamente radiante. Al terminar de alimentarse, los despojos de Marcos no eran más que una cáscara seca que se desintegraba con el viento hasta desaparecer de los brazos temblorosos de Ileana.

Ahora que había recuperado su juventud, caminaba con paso firme hasta su casa. Marius le abrió la puerta y quedó fascinado ante su espectacular belleza.

- Lo has hecho de nuevo zorrita, debes ser más prudente – Le dijo él divertido.
- Ya me conoces amor.- susurró felinamente mientras le levantaba las solapas del saco.
- Me dejas loco cuando hueles a sangre, princesa Ileana.
- Y tú ya sabes cómo me pongo cuando hueles a oso mi príncipe empalador.

La puerta se cerró pesadamente resguardando del mundo de los mortales a los amantes profanos, que una vez más sellaban su amor con la humedad de aquel beso que sabía a dulce sangre.


R M

EL ENTIERRO (Por Karina Barrionuevo)

- ¿Y usted qué piensa al respecto?
- Puede tutearme si lo desea, ya somos hermanos de copas.
- Está bien Horacio, pero conste que a cuenta de esa hermandad también espero discreción. Usté… perdón, vos sabés que muchos matarían por una información como esa.
- Sí, lo sé. Por eso, hable bajito que los monos están trepados a las palmeras – Horacio largó una carcajada mientras miraba con recelo a los parroquianos y llenaba ambos vasos con grapa e invitaba al otro a brindar.
- Vos y tus ocurrencias… – dijo el otro mientras levantaba sonriente su copa y la chocaba con la de su amigo – pero decíme ¿qué pensás de lo que te dije?
- Mirá, creo que todo es una locura, pero a vistas de que si no lo intentamos nosotros por pura cobardía, alguien más osado puede llevarse la gloria. Y eso mi amigo, eso es una locura más grande aún. Así que acepto.
- ¡No se diga más! ¡Salú!

Los hombres salieron del bar cantando canciones inteligibles con la camaradería propia de los que se ven envueltos en las bondades de los vapores etílicos, aprestaron sus monturas y se dirigieron a la casa de Horacio.

Llegaron cuando despuntaba el alba y el canto de las aves en aquel pasaje selvático resultaba casi ensordecedor. Los pájaros despertaban antes que el sol en aquellos lugares alejados de la civilización y orquestaban aquel preludio del día con tanta alegría que hasta a veces llegaba a ser molesto para quienes llevaban en su alma el pesar de la inconformidad existencial. Esa angustia del que lucha a diario con la naturaleza y consigo mismo. Esa angustia del que sabe que nada es suficiente, que nada tiene sentido si no se presta por completo el cuerpo, la mente y el alma para sobrevivir y aun así esa entrega a veces no basta para salir airoso de tal empresa.

Como siempre, cada vez que ingresaba a la casa era un torbellino..

- ¡Pitoca! ¡Arriba! Ya es de mañana – Gritó mientras se dirigía a la habitación de la niña – ¡Vamos mi Pitoquita, despiértese que hoy vamos a pasear en la “Gaviota”!
- ¿Qué papi? – Dijo la pequeña soñolienta mientras se restregaba los ojos.
- Hoy es un hermoso día para navegar m’ijita, levántese que vamos a remontar el Yabebirí.
- ¿Enserio? ¿Vamos con mi mami? – La niña había virado su mirada perezosa por otra iluminada, llena de iusión y alegría.
- No Pitoca. Hoy vamos con Darío y un amigo – La niña se mostró contrariada, sabía que su madre odiaba estar sola, pero la aventura de navegar con su padre era muy tentadora – A parte, usted sabe que su madre es una princesa y las princesas no pueden ser piratas. Ellas deben quedarse a cuidar su castillo. Nosotros, los corsarios, estamos hechos para grandes hazañas, para atreverse a navegar donde nadie ha ido, para afrontar valientemente los peligros que acontezcan… y lo más importante, para hallar tesoros – Al decir esto último bajó la voz haciendo entender a la niña lo confidencial del asunto.
- ¿Enserio? ¿Vamos a buscar un tesoro?– A la muchacha le brillaban los ojos de felicidad ante aquella ocurrencia de su progenitor. Lo abrazó hasta que sus frentes se chocaron y sus ojos se miraron fijamente – Y…¿usted es un pirata padre?
- ¡Pero claro! ¡Qué pregunta! Efectivamente. Yo soy el famoso corsario Barbanegra – Se acariciaba la barba renegrida mientras ponía una mirada de sorpresa – ¿Acaso usted nunca escuchó hablar de mí? Mi fama me precede señorita y por sus venas corre la misma sangre pirata que la de su padre y hoy va a demostrar su valía, así que corra a acicalarse

que para ser un buen pirata debe lucir una mirada enojada y una sonrisa feroz, de colmillos más blancos que los de un lobo.

La niña saltó de la cama y corrió hacia la puerta, pero su madre la detuvo en el umbral.

- ¿Qué hacés Horacio? ¿A dónde te querés llevar a Elena? – La mujer lucía alterada. Hacía rato que las cosas no andaban bien entre ellos y las locuras de éste la desconcertaban cada vez más.
- No te preocupes querida, sólo la llevo a un paseo dominical, va a ser un hermoso día para estirar las piernas – Él estaba en cambio de muy buen ánimo y la contrariedad de su joven mujer lo tenía sin cuidado.
- ¡Estás Borracho! No señor, no te la llevás a ningún lado, no podés venir así como si nada, apestando a alcohol y llevártela después de tres días de ausencia.
- Pitoca se va conmigo, eso no se discute – Dijo con determinación. Luego Horacio contempló a su mujer tan atribulada como estaba y se compadeció de ella. Se acercó conciliador, tomó el rostro amado, le secó las lágrimas con sus dedos callosos y le besó la frente – Usted no tiene porqué llorar. Para su tranquilidad, Darío nos va a acompañar. Hace rato que les debo tiempo a mis niños. Le ruego que no se oponga a algo que ya está resuelto. Es inútil y usted bien lo sabe.

Horacio tomó de la mano a la niña, se retiró de allí y la madre quedó sollozando ahogadamente. Sabía que no podía contradecirlo. Su determinación era tan inamovible que hasta a veces resultaba insoportablemente tiránico. Esa cualidad que la había encandilado cuando la cortejaba, hoy le provocaba una congoja muy parecida a la desesperación.

Pitoca sonreía mientras el viento matinal le hacía volar los cabellos. Observaba cómo las mojarras nadaban en grupo y las “Viejas del agua” se empecinaban en quedar inmóviles, sujetas a las piedras del fondo. Estaba fascinada por el mundo de fantasía que le ofrecía su padre. La había convencido de que era todo un pirata, su barba y su mirada de loco eran una prueba de ello, así como su habilidad como navegante. La “Gaviota” surcaba las aguas del Yabebirí pesadamente. Años atrás Horacio había hecho la travesía por el Paraná, desde Misiones, hasta llegar al Río de la Plata. Fue toda una hazaña. Pero el arroyo no es lo mismo que el río y lo que es conveniente en el lomo cobrizo del Paraná, tal vez en sus ariscos afluentes es un estorbo. Así que poco a poco la “Gaviota” demostró ser de mucho calado para remontar las correderas de piedras salientes y afiladas.

Abandonaron la embarcación cuando se hizo insostenible el avance y comenzaron su excursión por tierra. Los dos hombres caminaban por delante abriendo picadas con sus machetes, la niña iba detrás de ellos y Darío cerraba la fila, llevando su rifle en las manos atento a la aparición de alguna fiera que se hallara agazapada.

Cerca del mediodía llegaron a un claro donde se podía observar un enorme Timbó en el centro y fue allí donde decidieron armar su campamento. No podrían comenzar con su faena hasta que hubiera concluido el ocaso, así que prendieron una fogata y prepararon matecocido. Se repartieron las vituallas que habían aprestado para aquella incursión, comieron y bebieron el energizante brebaje verde y luego se echaron a descansar.

El atardecer se escurría rápidamente en el bosque. La bóveda celeste era casi imperceptible frente a la otra verde de vigoroso follaje, que a duras penas dejaba pasar los rayos de sol, habían tenido la impresión de que el astro rey pegó un clavado en el horizonte sin ningún aviso preliminar y la noche… y la oscuridad… y la selva todo lo tragaban en sus negras fauces.

El amigo de Horacio sacó de su morral el péndulo y se lo extendió. Le explicó que debería ser la niña la que lo sostenga con mano firme. Ellos tres se pararían alrededor con sus antorchas

y esperarían que la oscilación se produzca. Eso les marcaría el rumbo que deberían tomar para hallar el entierro.

- Circulan historias acerca del oro de los jesuitas. Muchos decían que cuando fueron expulsados de las Misiones enterraron sus riquezas en lugares cercanos. Yo sé de uno que está próximo. Es un tesoro embrujado. Mataron a un hombre en la misma fosa donde enterraron el oro, para que su fantasma lo cuidase por toda la eternidad. Según esas historias, sólo un alma pura y virginal podrá encontrarlo y creo que hoy es nuestro día de suerte – Mientras el hombre hablaba, el colgante había comenzado a moverse, primero en

círculos, pero pronto tomó una vertiginosa trayectoria lineal que inmediatamente reconocieron como la dirección que deberían tomar. Así cada vez que creían llegar a un callejón sin salida volvían a repetir el ritual y reanudaban la marcha. En un momento dado, una ráfaga apagó las antorchas y se quedaron en la oscuridad más tremenda. Pero lo más terrorífico fue aquel silencio pasmoso. Ni un insecto. Ningún ave nocturna, ningún croar de batracio. Nada. Después fueron las pequeñas lucecillas que se deslizaban al ras del suelo que danzaban, se unían y desperdigaban. Enseguida reconocieron a estos fuegos fatuos como una señal. Colocaron a la niña sobre ese sitio y el péndulo permaneció inmóvil apuntando en dirección al suelo. No esperaron nada más para comenzar la excavación.

Darío prendió las antorchas nuevamente con ayuda de su yesquero y se mantuvo vigilante, sentado en la raíz de una higuera con su hermanita pegada a él, mientras observaban como su padre y aquel otro hombre excavaban sin descanso. Ya habían cavado alrededor de una hora cuando dieron con algo. Una calavera asomó sonriente desde la tierra, como si se burlara de ellos con su eterna sonrisa. Pero esto, lejos de amedrentarlos, pareció darles nuevos bríos y aceleraron su trabajo hasta que sintieron que chocaban con algo. Acercaron las antorchas y quitaron la tierra que aún permanecía como un velo sobre la tapa de aquel cofre.

Cuando lograron abrirlo, se maravillaron de su contenido. Había un cáliz labrado en oro y plata, un crucifijo de plata engarzado en rubíes que pendía de una cadenilla preciosa, un guardapelo de nácar enriquecido con perlas rosadas y más de trescientas monedas de oro. No daban crédito a lo que veían sus ojos. Entonces Horacio pegó un sapucay, los amigos se abrazaron y no paraban de reír. Luego llamó a su pequeña, le mostró aquel tesoro y le dijo que en gratitud por su valentía le dejaría elegir lo que quisiera del botín. La pequeña se acuclilló sobre el baúl y tomó el guardapelo, lo abrió, quitó el cabello que allí se encontraba, colocó una moneda dorada en su interior y la guardó en el bolsillo de su camisa. No podía estar más satisfecha y feliz. Luego los hombres llenaron sus alforjas con aquel precioso contenido y decidieron emprender el triunfante regreso.

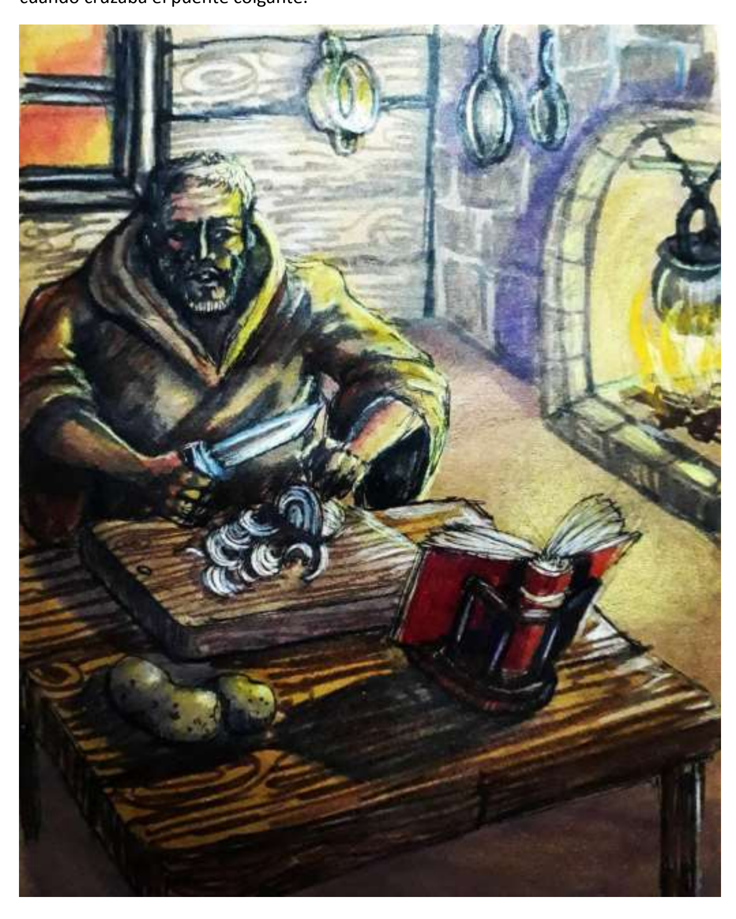
Cuando abandonaban el lugar un misterioso y agudo silbido retumbó desde un lugar indeterminable que les heló la sangre. Luego los acompañó aquel silencio incómodo hasta que retornaron al campamento.

Descender el Yabebirí fue una tarea prácticamente sencilla. Todos mostraban la algarabía propia de los que se saben triunfantes. Hacían planes acerca de cómo invertirían el dinero. Pondrían un astillero a orillas del Paraná y se volverían ridículamente ricos. Pero cuando llegaron a la casa, la sonrisa se les cuajó. María Elena esperaba con sus valijas hechas, tomó a la niña y la subió al sulky. Nada de lo que dijo Horacio fue suficiente para retenerla. La vio alejarse como alma que lleva el diablo hasta desaparecer por el camino. Ya nada podía hacer, así que se dirigió hacia el interior de la casa donde lo esperaba su socio para contabilizar el tesoro. Pero cuando abrieron las alforjas sólo encontraron tierra.

Pitoca lloraba prendida a su madre que azotaba despiadadamente a los caballos. Lloraba silenciosamente mientras acariciaba el guardapelo que atesoraría hasta el fin de sus días.

El monje apuró la cocción agregándole leña al fogón. Cuando vio los borbotones que explotaban en la superficie del guiso se dio por satisfecho. La liebre que había cazado esa mañana en aquel páramo desolado le brindaría la fortaleza para enfrentar lo que se venía. Mientras cocinaba mantenía su biblia abierta como si fuera un libro de recetas.

Cortó unas cebollas y unos ajos con su cuchillo de plata. Él sabía que esa, su única herencia, estaba reservada para otros menesteres, pero había perdido estúpidamente su cuchillo de acero cuando cruzaba el puente colgante.



“Era un buen cuchillo, buen filo, buena empuñadura. Tendré que ir hasta el pueblo y encargarle otro al herrero gitano. No le tengo mucha confianza, pero es el mejor en lo que hace”. Agregó las cebollas y el ajo a la cazuela y pensó que no le vendrían mal unas zanahorias y un poco de perejil. “ Ah… pero no es temporada, de zanahorias…son buenas para la vista, sé de un ermitaño que sobrevivió por ochenta años sólo comiendo zanahorias. Nunca necesitó lentes, aunque en aquella cueva tampoco había para leer. En fin, el día que no consiguió zanahorias decidió comer perejil. Solo cuando se encontró echando espuma por la boca supo que sin haberse dado cuenta, también había comido cicuta… pobre desgraciado… ya había vivido mucho después de todo. Desde ese día evito también el perejil” El hombre largó una carcajada y volvió a su tarea. Con una cuchara de madera removió la olla y probó el caldo que se veía muy apetitoso.



“Sabría mucho mejor con un poco de sal, pero bueno, no debemos ser malagradecidos. Debemos conformarnos con lo que el Señor nos provee, ésta será una larga noche… una larga e iluminada noche y ya sabemos qué pasa cuando la noche está iluminada”

El monje guardó la biblia entre sus ropas, se colgó el crucifijo, cargó dos cuencos con el guisado. Puso sobre cada uno, una hogaza de pan, cargó sendos vasos con leche fresca “ Qué bueno sería acompañar este manjar con una copa de vino o un jarro de cerveza, pero no puedo beber nada que me nuble el entendimiento, necesito estar alerta”.

Colocó todo sobre la misma tabla que utilizó para cocinar, se calzó el cuchillo en el grueso cordón de su sotana y se dirigió al granero con su humeante carga.



El hombre encadenado se sobresaltó al oír que alguien ingresaba y comenzó a suplicar a gritos.

- Tranquilo, traje comida. Ahora debes alimentarte, tenemos que prepararnos. Debes entregarle tu alma a Dios. Es el único que puede salvarte. El maligno te ha marcado y pronto vendrá a reclamar tu cuerpo y saciará su apetito de carne y sangre a través de ti.- El monje acercó la comida hacia el asustado prisionero y comenzó a cantar en latín una bendición por los alimentos.

- ¡Por favor! ¡Libéreme! No hice nada malo… le agradezco por haberme salvado del lobo, pero debo regresar… mis padres me buscarán, le prometo que no haré nada, no diré nada a nadie. Le doy mi palabra, se lo juro.

- ¡No jures en vano!- gritó el religioso, apartando el plato con violencia sobre el fardo de heno en donde se encontraba sentado – ¡Ya me arruinaste el apetito! Tus promesas no valdrán nada cuando la noche se trague el páramo – Se irguió y observó el ocaso.


¡POR FAVOR!
¡LIBÉREME!
NO HICE NADA MALO...
LE AGRADEZCO POR HABERME SALVADO
DEL LOBO,
PERO DEBO REGRESAR...
MIS PADRES ME BUSCARÁN...
LE PROMETO QUE NO HARÉ NADA,
NO DIRÉ NADA A NADIE.
LE DOY MI PALABRA, SE LO JURO.
¡NO JURES EN VANO!
TUS PROMESAS
NO VALDRÁN NADA
CUANDO LA NOCHE SE
TRAGUE EL PÁRAMO

“ Oh Señor, compadécete de mí, compadécete de este pobre infeliz. Ya vi lo que el mal puede hacer… soy un buen cristiano, por eso aún no acabé con ese joven. No puedo hacerlo mientras quede un rastro de humanidad en él. Pero cuando la bestia despierte, seré yo el que no muestre piedad ”

Con los primeros rayos de luna, el cautivo se volvió jadeante. Sus súplicas y lamentaciones viraron a gruñidos desgarradores. Comenzó a babear y los ojos se le inyectaron en sangre.

- Es hora hermano lobo – Dijo el monje mientras quitaba de su vaina de cuero el cuchillo de plata.






El extraño caso de
Ascención Domínguez
KARINA BARRIONUEVO

EL EXTRAÑO CASO DE ASCENSIÓN DOMÍNGUEZ. (PARTE I)

NACE UN MONSTRUO

Ascensión había nacido en el seno de una familia muy humilde, en un pequeño pueblo de Misiones.

Su madre había quedado encinta, a la edad de 45 años, poco antes de quedarse viuda. Para Matilde la edad no le significaba ningún problema, pero lo que le preocupaba era que éste sería su séptimo hijo varón.

El bebé era pequeño pero cabezón y una suerte de pelusa le cubría la espalda y orejas. Su piel era muy blanca y sus ojos de color verdoso brillaban en la oscuridad.

La comadrona que la asistía en el parto le dijo:

— ¡Santa María! ¡Este gurí va ser lobizón nomá! Mirá Matilde el ojo le brilla en la oscuridá como si fuera un yaguá.

— ¡Salí! ¡Qué decí! Es mi hijo y yo lo quiero aunque sea lobizón— la mujer con un nudo en la garganta, producto del llanto contenido, fijó la mirada y continuó en tono desesperanzado — pero si tan solo hubiera una forma de evitarle ese sufrimiento…

La partera tomó al niño en sus brazos y acunándolo señaló.

— Puede que haya una forma… a mí me dijeron que si el lobizón es apadrinado en el bautizo por el presidente, se cura de esa maldición.

Esas palabras le iluminaron el alma a Matilde y al otro día acudió al despacho del intendente. Después de comunicarle todo su infortunio, el alcalde determinó que ese asunto pasara a ser de interés municipal. Ningún buen ejecutivo municipal quisiera ver manchada su gestión con el terror que puede ocasionar en el pueblo la acechanza de un lobizón. Recordaba a aquel fotógrafo Verdún, que en la antigüedad había sido acusado de ser un licántropo y que todavía andaba prófugo de la justicia. Aquello había causado pánico en la población. Muchos se habían armado con balas de plata para defenderse del monstruo, volviéndose más proclives a la violencia y a las riñas callejeras. No podía permitir que esto se repita, por lo que accedió a prestar el teléfono de la intendencia para que Matilde hiciera el llamado al presidente. Fue así que la madre recibió la promesa del máximo mandatario de ser el padrino de su hijo en la primera visita a su localidad.

GLOSARIO:

Yaguá: Expresión del habla guaraní que significa perro.

Bautizo: Bautismo

Gurí: niño

Lobizón: También llamado Luisón o Lobisón. Es la forma regional de nombrar al tan conocido hombre lobo.

(PARTE II)

LAS PROMESAS QUE NO SE CUMPLEN SON MENTIRAS.

El presidente no tuvo nunca, durante sus sucesivos mandatos, la oportunidad de visitar aquel pueblo perdido en la selva, a pesar de que Matilde le escribía cada año recordándole su desventurada suerte y la promesa que le había hecho aquella vez que lo llamó. Pero sólo obtenía una tarjeta en donde el Presidente expresaba sus deseos de feliz cumpleaños y nada más.

El niño fue anotado en el Registro Civil, con el nombre de Ascensión Domínguez. La madre, queriendo borrar todo atisbo de maldad, le había puesto ese nombre que recreaba la elevación de nuestro Señor Jesucristo al seno de su Padre el Creador. Pero a pesar de tener un nombre santo, Ascensión creció sin ser bautizado. Bueno, creció es un decir. Desde sus primeros años dio señas de padecer enanismo. Tenía el torso de tamaño normal, pero sus piernas eran cortitas y chuecas. Su frente alta y ya limpia de vellosidades era el símbolo de su amplia inteligencia y sensibilidad. Tenía un rostro amable y sonriente con ojos verdes siempre atentos. Sus brazos fuertes le permitían en ocasiones caminar apoyado en sus extremidades superiores. Era sorprendente ver con la rapidez que se desplazaba con las manos. Era mucho más rápido con ellas que con los pies.

A algunos les causaban gracia estas habilidades, pero muchos creían que sólo era una manifestación del mal que estaba a punto de erupcionar. Ascensión no fue un niño feliz. La sombra de la maldición siempre lo cubrió. Era inevitable sentirse recluido ante las miradas de reprobación, no sólo por ser diferente, sino por toda la carga cultural que pesaba sobre su cabeza y la terrible sentencia que arrastraba desde su nacimiento. Los otros niños eran crueles y no perdían oportunidad de proferirle insultos o de arrojarle cosas. Muchas veces estas acciones eran a sabiendas de sus padres que aborreciendo a la extraña criatura hasta alentaban esas conductas detestables. Hasta sus hermanos lo veían como una molestia. Ellos evitaban compartir tiempo con él y lo dejaban de lado en sus juegos y conversaciones. Pero Ascensión era como cualquier otro niño. Curioso, inquieto, con deseos y sentimientos que le hacían querer ser aceptado y amado por los demás. Aunque a pesar de sus intentos no lo lograba. Sólo el amor de Matilde era incondicional.

Pero la vida es muy injusta para algunos y Ascensión se enteraría de ello de la forma más dolorosa. Matilde murió sin recibir respuesta de sus últimas cartas. Pero casi dos años después, las elecciones se acercaban nuevamente y la población electoral estaba cada vez más difícil

—Recursos, preciso recursos, nuevos recursos—Había dicho entre murmuraciones el presidente en una noche de insomnio. Su imagen iba en picada los últimos tiempos, luego de las represiones que había ordenado contra las continuas manifestaciones a causa de la economía desmantelada y un pueblo cansado de tanta corrupción. Los ánimos estaban caldeados y las encuestas no le favorecían para nada. Se encontraba revolviendo papeles tratando de encontrar alguna pista que lo condujera a la re- re- re- reelección, cuando encontró un sobre amarillento con unas manchas como de tierra roja. Era la última carta de la difunta Matilde Medera.

(PARTE III)

TODOS TENEMOS UN PLAN

La Carta de Matilde le había caído como anillo al dedo. Era la oportunidad que estaba esperando. Después de 18 años se proponía cumplir con su promesa a la difunta.

El pueblo tomó un aire festivo. La noticia corrió como reguero de pólvora por toda la nación. Se gastaron millones en propaganda y en los preliminares a la visita del mandatario. En breve el Presidente llegaría entre nubes de esperanza a salvar al asolado pueblo de los tormentos del licántropo. Era la campaña perfecta. Con esto ganaría popularidad a base de la superstición de un pueblo conmocionado por creencias absurdas, pero muy convenientes.

El Obispo Aqüilaqüa, ya se encontraba en el sitio hacía varios días, preparándose para oficiar en la ceremonia de bautismo y de exorcismo si es que hacía falta.

Gente venida de recónditos lugares tornaban pintoresco el lugar. En poco tiempo la capacidad de albergue se vio desbordada. Obligando al balneario municipal a abrir sus puertas antes de temporada para refugiar a la muchedumbre que desplegaba sus carpas, letrinas improvisadas y raras costumbres culinarias. Pululaban vendedores de todo tipo ofreciendo mercancías de dudosa procedencia, chipas, algodones de azúcar y globos con forma de lobo. Hasta se había instalado el día anterior al evento un circo que brindaba sorprendentes espectáculos.

Todos querían ver al lobizón, así como su bautismo y salvación. Todos concurrirían a la fiesta, todos estaban al tanto…Menos Ascensión que internado en monte cumpliendo con sus tareas de raleo no tuvo oportunidad de enterarse de lo que estaban tramando a sus espaldas.

Esa noche regresaba del monte por un motivo especial. Celebraba su decimoctavo cumpleaños, y como todas las veces que volvía al pueblo, pasó primero por la tumba de su madre y luego hizo una escala en la casa de Noralí, una jovencita de la que estaba enamorado en secreto desde que tenía 8 años.

Ascención era tremendamente tímido y nunca se le hubiera ocurrido hablarle en forma directa, pero se había propuesto que siempre la amaría y la protegería de todo mal. Pero los años pasaron y las hormonas hicieron su trabajo. Él se había convertido en un joven fuerte, aunque no apuesto. Sus piernas cortas lo mantenían cerca del piso, pero su rostro era agradable y su mirada destilaba dulzura como los ángeles pintados en la parroquia. Fantaseaba con la idea de raptarla algún día, para que ella pudiera conocer como era en realidad y se enamorara de él. Sí, ese era un plan que últimamente le rondaba mucho la cabeza, pero que por supuesto era demasiado cobarde como para llevarlo a cabo. Por lo que se conformaba merodeando los lugares que frecuentaba la chica.

Esa noche la espiaba desde el techo del gallinero y su corazón latía con fuerza cada vez que ella se acercaba a la ventana.

El cielo se encontraba encapotado, pero había comenzado a limpiarse. Fue en eso que un rayo de luz lunar incidió en el rostro del joven, al instante lo atacó un dolor punzante que lo hizo retorcer convulsamente.

Cayó del techo; desde donde se encontraba; a causa de los sacudones involuntarios. Entonces quiso gritar, pero sólo un gruñido salió de su boca.

(PARTE IV)

EL SALVADOR

La transformación se iba tornando efectiva. Los pelos le comenzaban a crecer por doquier, su rostro comenzó a estirarse hasta formarse un babeante hocico, sus manos se transformaron en garras, sus orejas se le aguzaron hacia arriba, sus pies se le volvieron tan largos como su fémur por lo que ya no pudo mantenerse erguido, cayó en la lodosa superficie y no tuvo más remedio que revolcarse entre los excrementos del gallinero.

Noralí se asomó a la ventana y horrorizada lanzó un tremendo alarido. Sus hermanos salieron escopeta en mano para investigar qué significaba semejante alboroto en el corral.

Las gallinas y los cerdos estaban como locos. Una oscura figura reptaba entre las sombras y se estremecía de tal forma que aparentaba estar a punto de explotar.

Los hermanos vieron cómo la valentía se les escabullía como sabandija y dejaba lugar a un tremendo terror que los dejó helados.

- ¡É el Luizón! ¡Neike chamigo, traé tu escopeta![1]- gritó uno de los hermanos
- ¡No téio balas de prata![2] – gritó el otro desesperado-¡Rápido, rajá de ahí! ¡No quede ahí como bobo hombre! Corra pa'cá![3]
- ¡LLamá a la cana! ¡rápido carajo![4]
- ¿Está mirando pa'cá? ¡Rápido mierda! Ante que venga, entrá te digo.[5]

Los tres hermanos en el ansia de sobrepasar el umbral se atascaron en la entrada y se trepaban unos sobre otros para poder llegar al otro lado de la puerta, hasta que se cayeron en un solo montón cuando el marco cedió a la presión y se agrietó en la parte más podrida. Se incorporaron aún un poco aturdidos, pero con la única intención de bloquear la entrada. Tomaron un enorme mueble lo arrastraron hasta allí y lo atravesaron en el acceso. Esto les daría algo de tiempo, para avisar a las autoridades de tan delicada situación. Fue el mayor el que tomó temblorosamente el teléfono y marcó el número de la comisaría.

El presidente llegó con toda una impresionante comitiva. Una caravana de vehículos arribó al lugar desde localidades vecinas iluminando la única y serpenteante avenida con sus potentes faros LED.

Unos enormes colectivos provenientes de Buenos Aires con altoparlantes en sus techos anunciaban la llegada del nuevo libertador de la Patria. La gente del lugar comenzaba a convocarse a aquella velada que prometía ser fuera de serie y única en la historia. Caminaban al costado de la caravana, saludaban y gritaban vivas al jefe máximo.

Delante de todos iba abriendo el corso el Sr. presidente, montado en el Cadillac descapotable V8 OHV que la General Motors le donó a Juan Domingo Perón en 1952. Pero con una diferencia atroz. Ya no tenía su legítimo color negro brillante, sino que él lo había mandado cambiar por un blanco mate impecable. Que según sus asesores resaltaría su aura de líder, haciendo su apariencia inmaculada y benévola ante los ojos del influenciable populacho.

En plena plaza céntrica se había construido un enorme escenario con miles de reflectores que hacían parecer de día aquella noche oscura. Se había decorado el sitio con enormes cantidades de telas de seda traídas de contrabando desde de Paraguay. También colocaron en el centro del escenario un altar para la misa y un pilar de mármol italiano traído por el intendente en su última visita a Roma para colocar el agua santa de la purificación.

La procesión terminó cuando arribaron a la plaza entre bocinazos y cumbias con las letras cambiadas para ensalzar al líder.

Estaban todos, todo estaba listo… pero faltaba el lobizón.

Glosario

1- ¡Es el lobizón, apúrate amigo trae tu escopeta!
2- No tengo balas de plata.
3- Rápido, huye de allí, no quedes como tonto y corre para aquí.
4- Llama a la policía
5- ¿Está mirando para aquí? ¡Rápido mierda! Antes de que venga, entra te digo.

(PARTE V)

CREER O REVENTAR

EL obispo y el presidente se saludaron con un fuerte abrazo fraternal. Ahora los unía una misión divina. Pero ante la ausencia de quien debería recibir el sacramento se miraban desconcertados sin saber qué hacer. El público expectante clamaba por la presencia de Ascensión, entonces el intendente tomó el micrófono para darle la bienvenida a la honorable visita y hacer tiempo mientras se trataba de ubicar al enano maldito y escurridizo, que si no aparecía malograría todo el colosal esfuerzo que se había hecho.

En eso corrió el rumor…

—¡El lobizón está en lo de los Cuenca! ¡ La policía está yendo para allá!— Gritó alguien de la multitud.

- ¡Vamo llevale el bautizo para allá!- Exclamó otra

Y como suelen actuar las masas, movidas al parecer por un solo espíritu, se dirigieron en desordenada procesión hacia lo de los Cuenca.

Allí se encontraron con el horroroso espectáculo. Se toparon con aquel Cancerbero como muestra de lo que les espera en el infierno. Aterrorizada, la multitud, amainó la marcha hasta detenerse. Todos permanecían silentes ante la presencia del desventurado ser que se retorcía en el fango.

Pero de pronto se comenzaron a oír voces.

- ¿Eso é el lobizón? ¡ Un curé[1] mal pelao más bien parece!
- ¡Añá membuy[2]! ¡Mirá cómo le arrastra la cabeza! Y el yurú [3] ¡parece una palangana con yopará [4]!

En efecto, el grotesco animal que mostraba unos tremendos dientes desparejos y se tambaleaba a causa de la enorme cabeza que su cuerpito no podía sostener, distaba años luz de ser el terrible hombre lobo que todos temían.

Al parecer, la transformación que había sufrido Ascensión, no lo había librado de su enanismo, que se manifestaba aún en esa sobrenatural condición.

Fue entonces que actuó el obispo. A falta del pilar con agua bendita, improvisó las aguas bautismales bendiciendo el chorro de una manguera que le proveyeron los dueños de casa.

Hizo adelantar al padrino y le indicó que debía posar su mano sobre aquella criatura para poder recibir el espíritu santo.

Asqueado, el presidente, avanzó dando pasos de costado y estirando su cuerpo hacia atrás, temeroso de que le devorara la mano aquel monstruo grotesco. Pero decidido a vencer su cobardía innata, mentalizándose que no podría soportar una derrota electoral. "Todo sea por los votos, todo sea por los votos…" repetía incesantemente en su mente y lo balbuceaba como si fuera un rezo.

Pero a veces el destino es caprichoso y nos juega una mala pasada. Justo al momento de efectivizar la ceremonia, unos nubarrones espesos y negros taparon la luna. Al momento, el lobizón comenzó a rechinar los dientes y la sangre parecía hervirle debajo de la piel. El pardo pelaje comenzó a caerse y unas ampollas rosadas se dejaban ver debajo del caedizo pelambre. Comenzó a emitir sonidos entre los gruñidos, que algunos pensaron era la voz del muchacho. El presidente retrocedió ante aquel terrorífico cuadro. Nadie esperó que la ausencia de la luna tuviera el efecto inverso en la metamorfosis. El lobizón había empezado a retornar a su forma humana.

Glosario

1- Curé= Cerdo
2- Añá Membuy= Hijo del diablo
3- Yurú= boca
4- Yopará= guiso de maíz y porotos típico de la región

(PARTE VI)

EL RITUAL DESESPERADO.

— ¡Este es el momento!- Gritó el Obispo al ver que el engendro se retorcía indefenso — ¡Adelante! ¡El padrino a su posición carajo!

Ante la autoridad de la contundente voz de mando, los concurrentes tomaron al presidente en andas y lo dejaron justo enfrente de la bestia deforme, le tomaron la mano y la posicionaron sobre ella. Ante esto, el funcionario comenzaba a desvanecerse, los ojos se le daban vuelta y el aire parecía faltarle. Entonces el prelado dirigió el chorro de agua hacia aquel lastimoso hombre lobo.

— ¡Yo te bautizo en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo…con el nombre de Ascensión de Jesús..!

Todos se quedaron con un credo ahogado en la garganta, la luna se volvió a ver, los perros ya no aullaban, los grillos detuvieron su canto, la manguera aún chorreaba… ¿ y el lobizón?

El pobre quedó a mitad de su mutación. Ya no era humano ni lobizón. El bautismo había detenido el proceso de transformación.

La gente volvió a murmurar, las risas se volvieron carcajadas, los comentarios insultos y los ademanes proyectiles que volaban en dirección a los ilustres que allí se encontraban. El obispo al ver el fracaso de su empresa, se persignó y descubrió que podía correr muy rápido, a pesar de la sotana, cuando la necesidad lo imperaba.

El presidente se hizo el desmayado y los guardaespaldas lo condujeron al vehículo presidencial que una vez abordado aceleró atropelladamente y desapareció por una angosta callejuela.

Ascensión, presa de su nueva condición, ya no soportó que nadie lo hostigase. Se irguió en sus manos y se dirigió velozmente hacia unos árboles. De pasada tomó de la cintura a Noralí, quien pegó un grito tan fuerte como agudo, pero que aquel horrendo ser silenció con un beso tan profundo y apasionado que sus dientes se hundieron en las suaves y sonrojadas mejillas. Luego trepó por las ramas, hasta perderse en la espesura del follaje y desapareció de la vista de la chusma.

Algunos dicen que los viernes de luna llena se escuchan sus aullidos en el medio del monte y que desde ese entonces vive agazapado esperando la imprudencia de algún incauto que le sirva de alimento. Otros prefieren pensar que huyó con el circo y ahora se mezcla con los payasos debajo de un abundante maquillaje y vestimenta artificiosa, que con ellos disfruta de hacer reír a los niños y que allí lo aceptan tal cual es. Pero lo cierto es que nadie nunca más lo volvió a ver.

El presidente, como era de esperarse, luego de tal bochorno, perdió las elecciones. Entonces, con el prestigio y la moral por el suelo decidió retirarse de la política. Ahora está en Chile criando iguanas, cosa que le sirvió para granjearse una gran fortuna. Pero esa riqueza no le sirvió para librarse de las pesadillas y los terrores nocturnos que lo siguen importunando.

Noralí no quiso quedarse en aquel pueblo que la señalaba como la mujer del lobizón, así que se fugó con un camionero brasilero que le prometió una vida de lujos y cirugías estéticas para arreglar su rostro y ponerle el relleno que le faltaba al busto.

Los Cuenca no aceptaron esta decisión y ocultaron la fuga de la muchacha haciéndole creer al pueblo que se había retirado a un convento de clausura para una vida de contemplación y oración. Y no se quedaron atrás… Ahora venden agua bendita que envasan directamente de su manguera bendecida por el obispo. Muchos afirman las bondades de esta agua que ha ganado la fama de milagrera.

Fin

KARINA BARRIONUEVO.

Eldorado, Misiones.

MONSTRUARIO







